

"El Regreso", poesías de Antonio Pereira

Por N. Sanz y Ruiz de la Peña

Hace tiempo ya que comenzó a serme familiar el nombre de Antonio Pereira, a través de algunas revistas de Poesía, en las que colabora con relativa asiduidad, por salir sus versos del tono común que parece tener por reserva el cúmulo de poetas innovadores, que dicen traer mensaje óptimo para unos cuantos elegidos, compañeros de desdichas (y de analfabetismo lírico e intelectual), empeñados en hacernos creer que pintan algo en poesía y que escriben para edificación del mundo entero, fauna y flora inclusos. Acaso consigan asombrarnos si de demostrar tratan que desconocen el oficio elemental de forma y concepto, los que no hallarán campo propicio para sus desahogos, a no ser el círculo selecto de la reducida sociedad de bombos mútuos en la que medran con raquítico empaque de estar de vuelta sin llegar y de esconder el secreto de muchos misterios esotéricos...

Los versos de Antonio Pereira, me habían salido de ojo, más por su contenido integral lírico que por la docta acumulación de gay saber. En la forma es un tanto anárquico, no sé si por principio recusable o porque no quiere someterse a ella para nadar con más holgura. Para un preceptista a ultranza, como yo, este descuido es pecado grave. Entiendo que el poeta signado por el dedo divino como creador de belleza, puede serlo con ventaja dentro de los cánones ortodoxos de la forma perfecta, que no empece para dar suelta a la fantasía ni al sentimiento. Como molde armónico suele ser esencial e indeclinable.

No basta con ver, con captar emociones, con adobarlas en la mente (o en el corazón, como quieren los más, que en eso no es cosa de meterse), traducirlas al lenguaje poético y expresarlas con felicidad fuera de duda, si quiera ganarán sometiéndose al

rigor de rima, medida y acento, no dejando correr la pluma en líneas desiguales, que, con un poco de buena voluntad, pueden llamarse versos o algo por el estilo.

Antonio Pereira es poeta de fuera adentro, en lo que a atropar motivos del paisaje y de la vida se refiere, capta, acumula, recrea, y nos devuelve las imágenes enriquecidas, traducidas a pasión y sentimiento. Poesía, en suma, del mejor cuño, generalmente en sonoros endecasílabos asonantados, no del todo flexibles y no del todo perfectos en la rígida expresión docta del oficio. Pero si llenos de personalidad, de belleza, de encanto íntimo, y, lo que es mejor, de originalidad, de empeño en ver con sentido propio y decir cosas que no se han dicho antes, casando palabras que nunca se han ayuntado y acaudalado tropos, e imágenes y conceptos con vuelo retórico personal e inédito para los ojos y para la emoción.

Cuando Antonio Pereira vino a mis mañanas de la Biblioteca, era una interrogante para el senado de oyentes. Cuando salió de las severas salas de la Biblioteca cervantina, con el espaldarazo de caballero en lides de gay travar, pudo oír comentarios que le celebraban como poeta de enjundia, en el más alto y en el mejor sentido de la creación. Este mismo juicio, en lo esencial, se ciñe a la pluma ahora, cuando trato de calibrar "El regreso", su primer libro, que aparece en la colección Adonais y que me llega con la tinta fresca, con las hojas abiertas, para caer en mis manos, como algo digna de fundirse en ellas.

Que el poeta perdone mis "perros" de Aristarco gruñón, pero le quisiera más clásico, más dentro de las formas eternas, en las que se puede expresar todo lo que se quiera sin dificultades. El tiene cualidades insignes.